

OJOS NEGROS

Laura S. Lara

Aquella tarde todo parecía ir más lento de lo normal y a ese dichoso semáforo no le daba la gana cambiar a verde. Esperando en el paso de peatones no dejaba de darle vueltas a las palabras que aquella gitana le había dicho minutos antes, cuando había intentado sacarle unas monedas con la excusa de leerle la mano. Normalmente no creía en esas cosas. Podía considerarse un tipo escéptico en todo lo relativo a las circunstancias que no tienen una explicación científica, pero la extraña mirada de esa mujer parecía haberle hablando directamente a su corazón, en un idioma completamente desconocido para él. “Una joven atractiva, con grandes ojos negros, viene de lejos...”, le había dicho mientras cogía su mano sin permiso. No pudo evitar escucharla. Esas mujeres saben arreglárselas para atraer la atención de cualquier transeúnte y, lo que es más complicado, mantenerla hasta terminar su buenaventura. “De Argentina... y estará contigo hasta que mueras”. Esas habían sido las últimas palabras de aquella agorera espontánea antes de pedirle la voluntad y despedirse agradecida con una expresión maternal. Puede que esa fuera la razón de que no pudiera quitársela de la cabeza. ¿Qué habría querido decirle? El llanto de un bebé le devolvió a la realidad. Los semáforos de su ciudad seguían un intervalo de tiempo diferente al resto, definitivamente. Si no se ponía en verde de una vez, llegaría tarde. Empezaba a impacientarse. “Hasta que mueras”. Aunque no entendía muy bien el significado de la frase, le calmó pensar que podía referirse a la mujer con la que compartiría el resto de su vida. Sacudió la cabeza. Era absurdo tratar de encontrarle sentido alguno a aquello. Seguramente le contaba la misma milonga a todo el que conseguía parar por la calle. Pero entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en ello? Llamaría a su psicólogo esa misma tarde. El estrés de la vida en la gran ciudad volvía a hacer mella en su cabeza. ¿Qué demonios le pasaba al semáforo? A su lado, una joven morena, absorta en un grueso libro, esperaba para cruzar, como él, pero sin embargo ella no parecía tener prisa. Se la veía tranquila en medio del caos de aquél entorno. Irradiaba una luz especial, propia de las pocas y afortunadas personas que son capaces de encontrar la felicidad en las pequeñas cosas, esas que la gran mayoría de los mortales no sabemos apreciar y que en realidad son las que hacen que nuestra vida se diferencie de la de los demás y merezca la pena. Se fijó en ella, y pudo ver esa luz y sentir la paz que transmitía su olor, una mezcla de inciensos y flores. Absolutamente cautivadora, pensó. “Una joven atractiva... estará contigo hasta que mueras”. De nuevo esas palabras volvían a torturarlo. Y el semáforo seguía en rojo. La novela de aquella chica debía ser interesante porque estaba inmersa en sus páginas y parecía ajena a todo lo que la rodeaba. Dio un paso al frente sin distraer su atención de la lectura, se disponía a cruzar la calle. Al verla, él imitó su gesto. Apretó el paso, ya había perdido demasiado tiempo allí parado. Nada más adelantar a la joven escuchó aquél ruido infernal que se clavó con fuerza en sus oídos y le dejó aturdido durante unos segundos. Era un claxon muy potente, sin duda, pero no sirvió de mucho. Al coche no le dio tiempo a frenar ni a él a apartarse hacia un lado. Tirado en medio del paso peatonal, solo acertaba a oír frases a medias, gritos desconsolados y pisadas agitadas a su alrededor. ¿Qué estaba pasando? Abrió los ojos. Se le nublabla la vista, de repente todo parecía formar parte de uno de esos sueños en los que tratas de despertar y levantarte pero tu cuerpo no responde, pesa

demasiado. Entre la multitud de rostros borrosos, una cara conocida y unos preciosos y grandes ojos negros. La chica del semáforo, recordó. Era más bonita de lo que sus rizos dejaban entrever mientras leía aquel libro. Pero, ¿qué hacía allí, mirándole de ese modo? Y... ¿por qué lloraba? No lograba entender nada de lo que le decía. De pronto las palabras de la gitana retumbaron en su mente. “Una joven atractiva, con grandes ojos negros, viene de lejos...”. Intentó mover los labios, pero no consiguió pronunciar palabra alguna. La chica acarició su rostro, le dedicó la sonrisa más tierna y sincera que jamás había visto y le habló con dulzura. “Calmate, ahora tenés que estar tranquilo... Yo me quedaré con vos”. Fue lo último que sus oídos pudieron escuchar con claridad. Entonces él también sonrió y en los brazos de aquella joven se sintió completo, tranquilo y seguro... Feliz. La miró fijamente una vez más y cerró los ojos. Ella era la mujer que estaría con él... hasta el final.